

Una prima en Casablanca

Angelina Muñiz-Huberman

No sé si es verdad o no lo que voy a contar. Oí la historia varias veces pero con el tiempo se me olvidó. No porque no me interesara, sino porque solía ocurrirme de niña que cuando me contaban una historia aunque yo creía esforzarme intensamente en grabármela, el procedimiento que utilizaba no era bueno. Miraba atentamente los ojos del narrador y perdía el hilo de su narración. Empezaba a pensar en otras cosas. Me distraían los gestos que acompañaban el relato y, de pronto, los ojos me parecían muy grandes o las cejas muy tupidas. Me molestaban las gotitas de saliva que se escapaban de la boca o el brillo de oro de alguna pieza dentaria o los vellos que sobresalían de la nariz. Entonces regresaba a escuchar y el hueco de frases que se me habían perdido era rellenado por otras que me inventaba. Por lo que al final dudaba de la veracidad de la historia.

Si la historia me la habían contado mis padres, lo más probable es que me la repitieran en otra ocasión. Con lo cual intervenía otro factor. Me abandonaba en las partes que me sabía de memoria y el principio de aburrimiento le restaba atención a las palabras, perdiéndome como en un laberinto. Aprendí a asentir, a sonreír o a poner cara de tristeza según la descripción: de una manera mecánica, aunque convincente.

A estos dos factores, se agregó un tercero: el paso del tiempo: y mi palabra tajante para interrumpir una historia más que conocida. Que yo creía más que conocida. Porque la verdad es que ya se me había olvidado entre tanta peregrinación. Y ahí fue donde entró mi arrepentimiento. Ante la imposibilidad de que se me repitieran las historias (o las personas habían muerto o ya no vivían en el país o me había peleado con ellas) y mi capacidad de confusión, los golpes de pecho fueron inútiles. He tenido, pues, que conformarme con una verdad a medias.

Y bien, regresando a la historia que quiero contar: puede que sea verdad o puede que sea mentira. El caso es que yo tenía una prima que vivía —no sé si aún vive— en Casablanca. Esto sucedió en la misma época en que vi dos películas que también se me han mezclado: *Casablanca* y *El halcón maltés*: las dos con Humphrey Bogart. Actor que me disgustaba por su tono de voz nasal y que me producía miedo.

Pero, volviendo a mi prima. La verdad es que no recuerdo nada de ella. Solamente que vivía en Casablanca. Y que los hechos de su vida, según me

contaron, sobrepasaban los de *Casablanca* y *El halcón maltés*. En fin, he aquí su historia.

Olalla, al estallar la Guerra Civil española se inscribió como miliciana y estaba dispuesta a ir al frente a pelear. Su prometido, Evar, se lo prohibió. Así que tuvo que quedarse en Madrid deshilando sábanas para hacer vendas para los heridos. Quien sí se fue al frente fue Evar. Y nunca regresó. El parte de guerra decía: "Desaparecido en acción". Y así quedó. Nunca se supo de él. Pero sí se supo de la pequeña semilla que dejó en Olalla. Que Olalla no lo quería admitir porque Evar nunca la había penetrado e insistía en decirse virgen. Tal vez el fenómeno de ósmosis operó en este caso.

144

La semilla siguió el proceso y el orden natural de las especies y Olalla se vio acompañada de una pequeña Olallita. Cuando la guerra fue perdida, salió al destierro. Primero a Francia, donde unos parientes la acogieron. Y donde también le sucedieron extrañas cosas. Y luego a Casablanca. ¿Por qué a Casablanca? Eso nunca se me ocurrió preguntarlo cuando me contaban la historia. Así que sacaré alguna conclusión inventada. Tal vez en Casablanca se podían diluir los orígenes y acogerse a una especie de refugio internacional donde la discreción evitaba preguntas comprometedoras: se podía ser cualquier cosa en Casablanca: a juzgar por lo que ocurre en la película de Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Peter Lorre.

Olalla debería huir de algún secreto o de alguna obsesión. ¿Y si Evar no hubiese muerto y ella quisiera escapar de él? ¿Y si durante la ocupación nazi en París se hubiese visto complicada en alguna delación? ¿Y si se hubiese enamorado de un muchacho judío que peleaba en la resistencia y hubieran tenido que huir juntos? No lo sé. Esta es una de las partes oscuras de la historia de mi prima.

Pudo haber sucedido que se uniera a una compañía de teatro que fuera a dar a Casablanca y que se quedara ahí. Esto último podría no ser tan disparatado, sobre todo, sabiendo que sus padres eran actores. Y ¿ella, se sintió atraída por el teatro en alguna ocasión? Tampoco lo sé. Imaginemos que sí. O que no. Pero algo de actuación sí debería de haber entre sus rasgos de personalidad. Era muy guapa, a juzgar por la única fotografía que tengo de ella. Una fotografía tomada en el sur de Francia, cerca de una playa de veraneo: ¿Saint-Tropèz? Alta y delgada: el cuerpo de semiperfil y la cara inclinada, mirando a la cámara. Una melena regular, de espeso pelo y de ondulado simétrico, peinada hacia atrás y descubriendo una hermosa frente. Y una sonrisa tan agradable, tan sin miedo, que no se me olvida. Viste una especie de gabán ligero, de color oscuro, y la mano derecha la ha metido en el bolsillo. Lleva calcetines blancos y zapatos bajos blancos. El lugar parece una carretera y la línea asfáltica se extiende hacia el fin del horizonte. Unos cuantos pinos a los lados. Imagino al fondo un acantilado y la bajada al mar. Me da gusto verla y de que sea mi prima.

¿Cómo habrá vivido en Casablanca? Tampoco me lo han contado. No habrá sido fácil. Sola con su niña. A la que habrá internado en un colegio y se habrá desentendido de ella. Para poder salir adelante de algún modo. Y hasta se habrá casado con un médico judío. O el muchacho con el que huyó se habrá hecho médico.

A veces me llegaban noticias indirectas y yo seguía armando la historia de mi prima. Nunca recibí carta alguna de ella ni supe cómo era su letra ni cómo se expresaba. Mucho menos cómo pensaba. Ni cómo era el tono de su voz. Sólo sabía que estaba en Casablanca.

Creo que para mi era motivo de orgullo tener una prima en Casablanca. Algo no comprobable y asociado con la más tangible de las ficciones: el cine y el teatro. Que tomó de pronto cierta realidad. Esta vez, por otra película, cuyo nombre no recuerdo, pero actuada por George Marchais y localizada ¿en Casablanca? Yo, de niña, sentada en un cine de la ciudad de México, el Magerit, y mi padre, a quien se le escapa un grito porque cree haber reconocido a su hermano, al padre de Olalla, en una brevísima escena. A su hermano que no ve desde la Guerra Civil, diez años después. Y se le escapan lágrimas y discute con mi madre sobre si será el hermano o no. Y seguirán hablando sobre esto días y días y todos querremos creer que es mi tío. Pero no se nos ocurre acudir a la prueba definitiva y volver a ver la película una y otra vez para atrapar la instantánea en que aparece. Dejarlo así: en la duda. (Aunque sí, sí es mi tío. El padre de Olalla.)

Entonces empiezo a imaginarme cómo sera su marido. Es la época en que leo a J. A. Cronin. Y los personajes médicos se me convierten en mis héroes. Hasta pienso en ser yo médica cuando crezca. Por lo que me parece muy bien que el marido de mi prima, a quien pongo por nombre Yankl, sea médico. Así, a larga distancia, hasta me da un poco de miedo su figura. Creo que le estoy adjudicando la cara de Humphrey Bogart. Me lo imagino en su consultorio de blancas paredes y con mucho calor: con un ventilador y las persianas bajadas ocultando una puerta que da a un balcón con vista al mar. Mi prima, en la casa, aterrorizada, pues se le ha aparecido una especie de Peter Lorre que pretende amenazarla y extorsionarla con historias inverosímiles. Ella pide celestinas permisivas. Ya nadie temía a los jinetes apocalípticos.

Creo que por eso Casablanca era su lugar idóneo para vivir. Por lo menos, así me lo parecía. Mi prima caminaría por las blancas calles con la gente vestida de blanco, bajo un sol refulgente. La vida y obras de Olalla se convertía un caudal de relatos que yo le contaba a mis condiscípulos en el colegio. Era maravilloso sorprender a alguien diciéndole: tengo una prima en Casablanca.

La historia siguiente es la del halcón maltés que encontró mi prima en el *shuk* de Casablanca. En donde también intervenían Bogart y Lorre. Esto tuvo que ver con la conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt. Que

ahí se acordaran importantes medidas, como la fecha del desembarco aliado en Italia, convertía a la ciudad en un centro de espionaje que reunía a británicos, a franceses, a alemanes, a italianos, a japoneses, a apátridas y también a la estatuilla del halcón maltés con un oculto mensaje en su interior (que se descubriría sabiendo hacer girar unos goznes minúsculos). El mensaje oculto del halcón maltés fue descubierto muchos años después por mi prima cuando lo pulía esmeradamente y los goznes secretos saltaron ante la leve presión de sus dedos. En efecto, ahí estaba escrito un papel con la fecha del desembarco en Sicilia que, afortunadamente, nunca llegó a manos de los enemigos.

146

Algún viajero que pasaba por México y que conocía a mi familia traía noticias de mi prima. Nunca recientes. Siempre tiempo para urdir alguna coartada. La primera decisión que debe tomar es si le cuenta o no a su marido lo que le ha pasado. Escoge desarrollar sus dotes histriónicas, pero no sabe si con Humphrey o con Peter. Esa noche cuando regresa Yankl de su consultorio van al bar de un hotel a beber unas copas. Entre el humo y la música se adivina la presencia de Peter. Olalla se impacienta y regresan abruptamente a la casa. Luego viene la escena en la cama. Retoman una discusión y una práctica que son rus favoritas: Olalla tiene la capacidad de seguir siendo virgen siempre: no lo creen y de nuevo lo comprueban. De pronto, Olalla se da cuenta que no necesita coartada alguna ante las amenazas de Peter: por disipación sexual no se la puede acusar: su virginidad renovable la protege. La escena en la cama se alarga plazeramente.

Escuché otras historias de mi prima. Que se remontan a la válida de España. Los parientes que la acogieron, apretujados en un pequeño departamento, ensayaron las pasiones entre sí y contra sí. Ella todo lo aceptó como si no comprendiera o como si comprendiera demasiado. En su manera de no rechazar incluía la absoluta indiferencia y la perfecta complacencia. Podían hacer cualquier cosa con su cuerpo, que su alma no lo resentía. Su capacidad de olvido y de falta de rencor eran asombrosas. No era de muchas palabras y esto ayudaba. Que la familia la repudiara y que la promiscuidad fuera su norma nunca alcanzaron índices de escándalo. La Guerra Civil primero y la Mundial después fueron envueltas en cierta niebla. Un dato no bien recordado. O reticencia en contar un suceso extraño. Mi prima escapaba largas temporadas y no se podía saber de ella. Yankl la buscaba sin dejar rincón por escudriñar. En los hospitales. En los burdeles. Con los tratantes de blancas. Sin encontrarla. Sin rastro alguno. Como perdida en un espacio sólo por ella medido. En una invisibilidad propia.

Y regresaba. Porque sí regresaba. Pero no era ella. Macilenta. Ojerosa. Despeinada. La ropa en desorden. Sin medias. Descalza. Como si viniera de hacer penitencia en el desierto. Como si una visión extraordinaria hubiera trastornado sus sentidos. Vacía. Vacía por dentro.

Se pasaba días durmiendo. Sin moverse en la cama. Apenas abriendo los ojos para alargar un brazo y beber unos sorbos del agua que había en la mesilla de noche. Y seguir estática. Sin notar la luz ni la oscuridad.

Cuando despertaba no recordaba ni explicaba. Había sido un paréntesis cerrado. Retomaba la vida en el punto exacto en el que la había dejado. La conversación en el momento interrumpido. La caricia que seguía en el acto del amor. El sueño que se hilvanaba, entonces empezaba el ritual. Se bañaba. Se perfumaba y se aceitaba, Sus manos acariciaban su cuerpo. Se deslizaba desnuda entre las sábanas y llamaba a Yankl. El día se continuaba en la noche y ellos no lo notaban. En la madrugada se levantaban y comían y bebían algo. Hablaban entonces, largas horas: de la guerra: de las guerras. De la muerte: de la muerte de ellos. Y renovaban su pacto. No esperarían a que los alcanzara la enfermedad y la vejez. Al primer síntoma de debilidad y aún en pleno estado placentero se quitarían la vida. Se deleitaban escogiendo el tipo de muerte preferida. Como Yankl tenía acceso a drogas no sería difícil hacer desaparecer la que necesitaran en el momento preciso. Claro que, a veces pensaban en otras salidas. Embarcarse en un velero y dejar que una tormenta o cualquier otro accidente les resolviera el problema. En fin, este era uno de sus temas favoritos. Y no puedo saber cómo terminó.

147

Los viajeros no han vuelto a pasar por mi casa. Mis padres han muerto. Mis tíos de España también. Ya no hay quien me cuente historias. Yo me he cansado de inventar. Lo último que diré acerca de mi prima en Casablanca es que del entremezclamiento de recuerdos y de intenciones, de olvidos y de deseos, su imagen me obsesiona hasta el grado de impedirme definir mi propia imagen y de ya no saber quién soy.

Mis personajes me invaden.

Me ocupan.

Pierdo mi lugar.